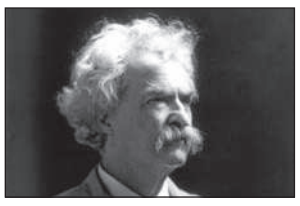
CULTURA



Con voz propia
Mark Twain
Página 46

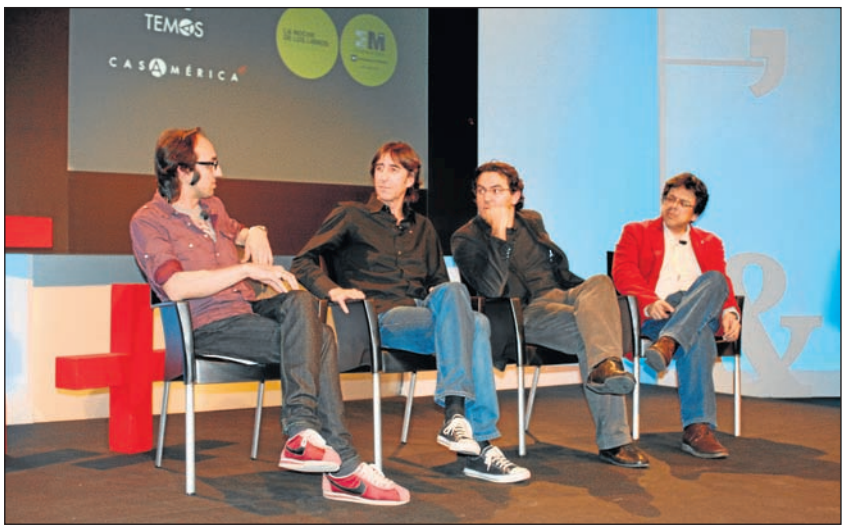
Te interesa saber...
Monet y la abstracción en el Thyssen
Página 46

Escapada
Un domingo en el rastro
Página 47

El insomnio de los libros

HERNÁN A. MELO VELÁSQUEZ

Los libros nunca duermen. Y esto porque, perpetuamente, siempre están dispuestos a que un lector cualquiera los ojee o los disfrute. Son pacientes, esa es una de sus máximas virtudes. Los puedes olvidar por años hasta que, un buen día cualquiera, nos decidimos por fin a abrirlos. En la madrugada del pasado 23 de abril, fueron miles de lectores los que deambularon insomnes por las calles de España para celebrar el día del libro con el lema: "*¿Me regalas un libro? Te regalo un libro*". Los compradores no dejaron de acudir masivamente a las principales librerías, donde se ofrecían rebajas generalizadas del 10%. Por ejemplo, la Casa del Libro de la calle Gran Vía abrió excepcionalmente sus puertas hasta la una de la madrugada. Y aún a esa hora abundaron allí los clientes y los corrillos en las librerías ambulantes aledañas. En su quinta edición, La Noche de los Libros contó con unas 500 actividades y reunió a más de 400 escritores, entre ellos la autora de novela negra Donna Leon y el filósofo francés André Glucksmann. Paradójicamente, la noche de los libros comenzó muy temprano, a eso de las 8.30 de la mañana. En ese momento, colegios, institutos y bibliotecas públicas de la Comunidad de Madrid se sumaron a la iniciativa con sesiones de teatro, cuentacuentos y talleres. En Madrid, a eso de las 17.00, una docena de escritores -entre los que se hallaban Ramón Irigoyen, Lola Beccaria y Vicente Molina Foix- participaron en el evento *Silencio por Mallarmé*. Tras algunos minutos de mutismo, en homenaje al poeta francés, los participantes usaron papel y tinta para materializar sus ideas. El resultado podrá verse en la página *http://www.silenciopormallarme.org/*. En la capital española unas 159 librerías abrieron sus puertas en la noche, además de ofrecer un contacto con los muchos escritores que se ofrecieron para firmar ejemplares y charlar con los lectores. Así lo hicieron, entre otros, Luís García Montero y Tomás Segovia en la librería Rafael Alberti para hablar de poesía. Por todo lo anterior, cuesta admitir la oscura predicción según la cual nos aproximaríamos a la extinción del libro -al menos como lo entendemos hoy; es decir, con tapa y papel- del que tanto se habla últimamente tras la aparición del libro electrónico. El escritor argentino Andrés Neuman, Premio Alfaguara 2009 y reciente ganador del Premio de la Crítica de España por su novela *El viajero del siglo*, ha opinado que el debate que rodea al libro electrónico es un "gran montaje" que no responde a una demanda del público sino a "una guerra económica de soportes". "Cuidado con pensar que la memoria literaria de la humanidad pasa solo por lo digital, porque dentro de 30 años no vamos a tener ni los aparatos necesarios para leerla", advirtió Neuman en una entrevista desde Roma, donde viajó para celebrar el Día del Libro. A pesar de todo, el autor hispano-argentino le apuesta a "las alianzas entre los nuevos y los viejos modos", como la edición por encargo o las posibilidades que el libro electrónico ofrece en materia de investigación.



Acto celebrado en Casa de América para celebrar el Día del Libro

CUATRO GRANDES EN CASA AMÉRICA

Con motivo de *La Noche de los libros*, Casa América de Madrid convocó a cuatro destacados escritores contemporáneos, dos españoles y dos latinoamericanos, para hablar de cuatro iconos literarios. A cada uno le correspondía elegir a un autor de la otra ribera de Atlántico. Así, el español Agustín Fernández Mallo habló del argentino Jorge Luis Borges; el peruano Fernando Iwasaki, del italiano Italo Calvino; el español Benjamín Prado, del argentino Julio Cortázar y el colombiano Juan Gabriel Vásquez, del francés Albert Camus.

Comenzó Agustín Fernández Mallo (La Coruña, 1967) leyendo un relato con el que pretendió rendir un homenaje a Borges. Vamos a resumirlo: un atónito narrador halla en el suelo de su casa una rebanada de pan integral, de forma triangular, con un hoyo en el centro. Insiste en que nadie en su casa come ese tipo de pan. Más tarde encuentra una hoja de papel con un dibujo que se parece mucho a la misteriosa rebanada con un hoyo en el centro, pero termina convenciéndose de que representa más bien a un ovni y que todo es obra de unos traviesos extraterrestres. Después de todo, ¿por qué debía tratarse de una simple rebanada de pan? Al día siguiente, y como síntesis del encuentro, Fernández Mallo señaló en su *blog*: "Nunca había estado en Casa de América de Madrid. La sala, de considerables dimensiones y de factura absolutamente profesional, estaba llena. Me gustó mucho lo que hicieron Fernando Iwasaki, Juan Gabriel Vásquez y Benjamín Prado. Todos hicimos algo diferente, y creo que eso le da vida al asunto. El público de Casa de América es muy exigente, hicieron preguntas difíciles, casi un examen. Una niña muy simpática de 6 ó 7 años nos hizo muchas fotos desde la primera fila con su iPhone, muy buenas, a ver si me envía algunas y las pongo." Fernando Iwasaki (Lima, 1961) destacó la trayectoria de Italo Calvino. Según el peruano, la obra del Calvino ha sido, con el tiempo, relegada injustamente a un segundo plano. Iwasaki destacó la evolución de su obra, pues si bien debutó como un autor comprometido políticamente, luego se fue adentrando cada vez más en la literatura fantástica. En sus libros conviven el realismo mágico y la literatura fantástica, que tantas veces, dice Iwasaki, han sido consideradas como contradictorias.

Iwasaki lanzó también varias hipótesis llamativas y anécdotas curiosas. Aseveró que Calvino llegó a leer al uruguayo Felisberto Hernández -autor casi desconocido en Europa- y que suscitó el interés por Augusto Monterroso entre los no hispanos. Contó incluso que Calvino y Monterroso, ambos muy tímidos, se habían cruzado alguna vez. Con esfuerzo -según Iwasaki- el italiano se habría aproximado para comenzar una charla pronunciando un torpe: "Yo estuve en Guatemala", a lo cual Monterroso, muy tosco, habría respondido: "Y yo estuve en Italia". Y así se liquidó la charla o, mejor, el intento de charla. Por su parte, Juan Gabriel Vásquez (Bogotá, 1973) se encargó de Albert Camus, escritor que murió en un trágico accidente de tráfico, todavía muy joven. Para Vásquez, lanzando a su turno algunas hipótesis, es clara la influencia literaria del autor francés en el peruano Mario Vargas Llosa y el colombiano Gabriel García Márquez. Sobre todo en la manera de asumir la literatura como un deicidio: "El novelista quiere competir con Dios", aseguró Vásquez, porque no soporta la realidad y pretende modelarla en sus páginas. Y, por último, Benjamín Prado (Madrid, 1961) habló de Julio Cortázar, el gran cronopio, apasionado del *jazz* y el boxeo. Como ocurrió en las intervenciones anteriores, Prado introdujo al público de Casa América en la atmósfera particular del escritor que eligió para la ocasión. Quizás lo más destacado de aquella Noche de los Libros en Casa América fueron las fértiles hipótesis literarias de los cuatro escritores invitados. Sobre esto Juan Gabriel Vásquez recordó, parafraseando al Borges de *Ficciones*, que: "La realidad puede prescindir de la obligación de ser interesante, pero no las hipótesis".

MITADES

Cines

MAGDALENA TIRADO
Escritora

Una entrada y sentarme en la butaca antes de que se apaguen las luces. Después, mientras la oscuridad ocupa la sala, olvidar lo que queda al otro lado de las puertas: la tarde de sol, el canto de los pájaros, el griterío de los niños en los columpios.

Porque hay veces que prefiero recogerme en un cine y ver desfilar imágenes en la oscuridad como si fueran mis propios sueños en la noche. Recostar mi cabeza y olvidar el mundo exterior a cambio de una butaca donde sentir que tiempo y espacio se hacen maleables, que la realidad se desdibuja, que el orden se altera. Un par de minutos y el movimiento de los espectadores será un ligero cabeceo en las sombras, cada uno hilando su propio sueño frente a la pantalla cuando la sala quede a oscuras y en el aire se escuche la música y el crepitar de palomitas.

Traslado mi fascinación por la intimidad humana al celuloide y asisto a reuniones en salas de té, regateos de contrabandistas en las montañas, muchachas que nadan en la playa, niños que leen a la luz de la nevera, trenes que atraviesan Siberia, campesinos que defienden sus tierras, ángeles que sobrevuelan Berlín, mujeres que aceleran al borde de los acantilados, emperadores chinos, cuerpos tendidos de amantes…

Cuántas identidades seductoras, me digo, y yo de polizón clandestino en mi butaca, seducida por la diferencia; aunque sé que no tardaré mucho en cambiar el punto de vista de la historia que miro a cada instante, de darme cuenta de que, en realidad, la riña de la pantalla me molesta, que el accidente me supera, que la belleza de ese rostro es incómoda y que me niego a todo ello, de la misma forma que mi cuerpo se niega a tomar parte de la sensación de estar perdida en un lugar que conozco bien.

Pero los personajes desfilan y vuelvo a ellos preguntándome quién quiere algo y quién será el otro que impedirá que lo consiga. Procuro ahora mirar sus sacrificios y sus alegrías desde la distancia, como si yo los hubiera pasado hace tiempo o supiera que nunca voy a pasar por lo mismo, para luego, en la oscuridad de la sala, terminar por hacer mía su libertad, sus silencios, sus dudas y llorar por ellos.

Recomponerme después, cuando los títulos de crédito pasen como nubes y la sala se ilumine. Mirar hacia la última fila, esa que eligen los que buscan mirar a todos los demás sin ser vistos, y enfrentarlos y enfrentarme.

Las papeleras rebosan y pienso en estómagos llenos de palomitas tragadas en la oscuridad, en la poética de la última fila. Deambulo por los pasillos con la sombra de un árbol a cuestas y toda mi fragilidad en un horizonte de arena. Pero ya he visto al lado de quién me pongo esta tarde y contra qué muros me choco por no saberme.

Fuera, la última luz del día, la ausencia de pájaros, el silencio en los columpios.